

EL IV DUQUE DE GANDIA

Para la conmemoración del IV Centenario de la muerte de Carlos V se han efectuado en el palacio de los Condes de Fuensalida en Toledo, obras, para con ellas devolver la traza ambiental de la época; al patio donde está situada la alcoba en que murió la divina y pálida Isabel de Portugal, primera y amadísima esposa del César y madre de Felipe II.

En este palacio donde transcurrieran las horas más felices de la vida de la Emperatriz, que lo prefería para su intimidad a los fríos salones del Regio Alcázar toledano ocurrió, como es sabido, su muerte, allá en un 1.º de Mayo de 1539, en plena y riente primavera, cuando la naturaleza rebosante de alegría lo llena todo; los niños con sus canciones, los pájaros con su pír, las flores con sus embriagadores aromas y sus restallantes e irisados colores.

En este palacio, además de lo dicho, se gestó una vida de extraordinario relieve, no ya toledano, sino nacional, más bien universal, que tuvo durante diez años paralelismo con la de su Emperatriz, y durante más de treinta, con la de su Empe-

rador. Nos referimos al Duque de Gandía, Francisco de Borja y Aragón, valenciano de nacimiento aunque aragoneses sus dos apellidos, de oriundez papal por el paterno, y de Reyes, por el materno, puesto que era bisnieto del Rey Católico Don Fernando de Aragón, y que durante el curso de su vida emparejada, como decimos, con la de sus Emperadores, fué menino, Marqués, valido, Virrey, Comendador de Santiago, Duque y Santo, ejecutoria posiblemente inigualada en nuestra historia, que fué labrada y forjada en el yunque toledano donde, además, se trabó la fraterna amistad que tuviera con uno de los más altos poetas de todos los tiempos, con el toledanísimo Garcilaso de la Vega, que a más de los cuatrocientos cincuenta años de su nacer, sigue siendo potente faro que ilumina el mundo de la rima hasta en los más apartados confines de la tierra.

Por cierto, que en uno de mis trabajos que titulé Garcilaso, se me ofreció el reparo de que al decir que el eximio poeta había fallecido en brazos del Marqués de Lombay, debí haber dicho que lo fué en los del Duque de Gandía.

De haberlo dicho así, desde luego, no hubiera cometido ningún error ni falsedad histórica, aunque sí, una inexactitud; ya que el ducado de Gandía no pasó a serlo en propiedad de Don Francisco de Borja hasta el año de 1543, por herencia al fallecimiento de su padre, de forma, que tanto cuando murió Garcilaso en 1536, que cuando acaeció la muerte de la Empera-

triz Doña Isabel en 1539, el Marqués de Lombay, que lo era desde 1530, no era, a su vez, mas que el primogénito del Duque de Gandía, y aun cuando en estas casas el heredero del título ya desde niños se les conoce por el del padre, lo cierto y verdad es que no lo son hasta legitimar su situación y, por eso, lo mismo a la muerte de Garcilaso, que a la de la madre de Felipe II, no es error ni falsedad referirse al Duque de Gandía, aun cuando sea, como decimos, una inexactitud.

El Marqués de Lombay, pues, fué el que recogió los últimos suspiros de Garcilaso de la Vega, y el que en el palacio toledano del Conde de Fuensalida ante la faz desencajada de la que fué la más bella mujer de Europa, ya manifes-

tase sus deseos de separarse de la vida terrena y que, a su enterramiento en Granada, diecisiete días después ante su cadáver descompuesto, pronunciase aquella lapidaria e histórica frase de «nunca más serviré a señor que se me haya de morir», aunque sus deseos no tuvieran realización hasta el fallecimiento de su esposa Doña Leonor de Castro en 1546, para en 1548, después de un total renunciamiento de bienes y honores, ingresar en la Compañía de Jesús de la que después, en 1565, fué su tercer Provisor General que ostentó hasta su muerte en 1572, pues sabido es que en los ignacianos este alto cargo es vitalicio por haberlo así dispuesto su fundador, tan conocedor del mundo y de la vida, determinando «porque así se apartarán más lejos de los pensamientos y ocasiones de ambición que es la peste de semejantes cargos».

Y antes de un siglo, el Papa Calixto X, canonizaba al que al pasar al santoral había de ser, y lo es, San Francisco de Borja, aunque diera la circunstancia de que al ingresar en la Compañía de Jesús dejara en vida ocho hijos, de los cuales, Juan, el segundo, sería el primer Conde de Mayalde en Castilla, título que

